

Precio 15 céntimos



GALERÍA ARTÍSTICA



Copia de F. Vinea.

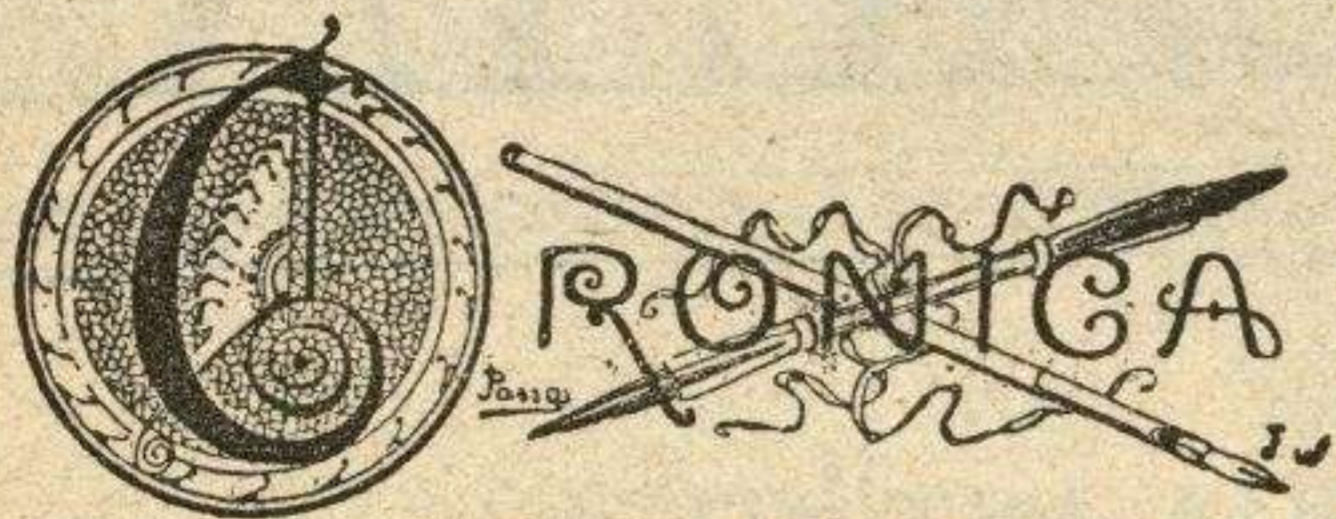


# LA SAETA

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

DIRECTOR LITERARIO: DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia se dirigirá á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA



Puesto que el Carnaval está todavía coleando de-  
diquémos'e la Crónica.

\*\*\*

Era amigo mio y se llamaba Pedro Careta. Su apellido le arrastraba y los días de Carnaval eran de locura para él.

Todos los años se había disfrazado, unas veces de guerrero, otras de paje, otras de torero, de señora, de militar, de pierrot, de moro, etc., etc.

Nunca se había disfrazado de *higui*.

Quiero decir, nunca se había puesto vestidos sucios y con dos cañas, una cuerda de bala y algunos higos secos se había lanzado á la calle.

Estos días pasados le tentó el demonio.

Compró á un pobre la ropa que éste llevaba puesta, ocho días antes de los Carnavales, la metió en colada para evitarse *las consecuencias*, y ya el domingo de Carnaval la tenía seca.

Se la puso, compró una careta de á real, se armó de los trebejos consabidos... ¡y á divertirse!

En la Rambla comenzó á tocar las cañas y los pílletes no dejaron de acudir.

Saltaban delante del higo, viendo de alcanzarlo con la boca, con gran contentamiento de Pedro que murmuraba por lo bajo: ¡cómo me divierte!

Peró un granuja más granuja que los demás, cogió el higo con la mano. Pedro le atizó un cañazo. En seguida ¡zas! ¡zas! ¡zas! tres tronchazos recibió en la cara nuestro pobre disfrazado.

Quiso imponerse por la fuerza bruta y repartió unas cuantas bofetadas entre los chiquillos. Nunca lo hubiera hecho; la gente se puso contra él, y un marinero que pasaba le dió una bofetada que le tiró al suelo.

Quiso levantarse y le ayudó un municipal, quien le llevó sin más explicaciones á la prevención por escandaloso.

Doce horas se llevó en aquella deshonrosa habitación Pedro Careta por haber tenido la debilidad de disfrazarse de mamarracho.

\*\*\*

Estamos en un baile.

El joven Antonino se está divirtiendo á más y mejor.

Antonino es un pollo elegantísimo que tiene más ingleses que el Peñón de Gibraltar.

Una máscara femeníl se acerca á darle broma.

Al joven, no al Peñón.

—Adiós, ¡Antonino! ¿que no me concces?

—¡Puede!

—Ya sé que eres un calavera completo.

—¡Puede!

—¿No sabes decir más que «¡puede!»?

—Cuando tengo apetito, no. Así es que, máscara, si quieres acompañarme á cenar...

—Lo haría de buena gana; pero, ¡quién sabe lo que vas á figurarte!

—Yo nada. Y como soy muy respetuoso con las máscaras mientras conservan la careta, puedes venir sin escrúpulo.

—Pues, vamos.

Antonino lleva á la máscara al restaurant, y durante la cena observa que la desconocida tiene mucho ingenio y que parece conocer toda su vida y milagros.

Cenan con apetito y bromeando. A los postres se beben una botella de Champagne. Antonino paga, naturalmente.

Luego vuelven de nuevo al baile y se lanzan á bailar valeses, polcas y americanas.

Nuestro pollo cada vez más entusiasmado con la mascarita.

A las cuatro de la mañana estaba loco de amor.

A las cinco le ofrece el brazo para acompañarla á casa.

Ella acepta y sube en un coche que al parecer le esperaba.

Antonino quiere besar la mano de la desconocida y ella se lo tolera.

De pronto se para el carruaje.

—¿Donde estamos?—pregunta Antonino á dos personas que abren la portezuela.

—En el juzgado de guardia, gran tunante, á ver si me pagas los tres meses de alquiler que me debes hace más de seis años,—decía la máscara quitándose la careta.

¡Horror! ¡Era un antiguo casero de Antonino que se había valido del baile y del disfraz para poder echar mano al pagador moroso!

\*\*\*

Melitón habita una de las ciudades del Norte, y espanta á sus convecinos con la grandiosidad de su nariz que parece la proa de un barco.

Hace dos años se disfrazó el domingo de Carnaval. Púsose un dominó, pintóse la nariz de colorado rabioso, se dibujó unas monumentales cejas y nadie le conoció.

Estuvo muy divertido durante la tarde dando bromas muy graciosas.

Al llegar la noche hay en aquellas ciudades la costumbre de hacer quitar la careta á las máscaras.

Un municipal se acercó á Melitón.

—¡Fuera esa careta!

—Pero, hombre...

—¡Fuera!—repitió el digno representante de la autoridad. Y empuñando la nariz de nuestro disfrazado dió tal tirón de ella que por poco se la arranca.

Melitón se desmayó y echó más de dos cuartillos de sangre.

El municipal le dió toda clase de disculpas.

Desde entonces no se disfrazó Melitón, ni aun sale de casa ¡por si acaso!

ELIDAN



## LO DE TODOS LOS DÍAS

Mi querido amigo... Tal:  
(el nombre no hace á la cosa)  
me ha presentado Marcial  
tu epístola cariñosa  
en la cual  
agradeciendo el favor  
que recibirás después  
recomiendas al da lor  
con vivísimo interés.

Yo estoy dispuesto, ya sabes,  
á complacerte si puedo,  
pero estos asuntos graves  
me dan miedo;  
puesto que ya se comprende,  
salga bien ó salga mal  
que de mi gestión depende  
el porvenir de Marcial.

Y no es cosa de reir  
por la importancia que tiene  
burlar á un hombre que viene  
á jugarse el porvenir.

Presentemos la cuestión  
en su cariz verdadero  
para que veas que quiero  
servirte con devoción:

Marcial es un guapo chico,  
tiene un criterio excelente  
y es honrado y es decente...  
en fin, todo menos rico.

En los ramos del saber  
se ha quedado muy atrás  
puesto que no tiene más  
que el grado de bachiller.

Yo no creo  
que esto le baste á cualquiera,  
y comprendo su deseo  
de seguir una carrera.

Pero ¿cuál es la mejor?  
Si el chico hubiera heredado  
y tuviera un capital  
en terrenos de labor,  
no le sentaría mal  
un título de abogado

¡no, señor!  
Más ¡vive Dios! que creer  
que puede dar de comer  
el derecho, es tontería,  
y en el día  
es indispensable ser  
pozo de sabiduría  
para poderse arreglar  
con un sueldo regular.

Para cada oposición  
á registros ó juzgados,  
vienen dos mil abogados  
en correcta formación.

Luego... tocante á la plaza  
del juzgado ó del registro,  
nadie logra meter baza  
más que el hijo del ministro.

De manera  
que es muy mala esa carrera.  
¿Médico? ¡Santa María!  
No permita Dios que le haga  
seguir por la senda mía,  
¡porque somos una plaga!  
Y á más los Ayuntamientos  
al extender el oficio,  
exigen conocimientos  
y... ¡diez años de servicio!

De este modo singular  
ya puedes tú comprender  
que es imposible empezar  
á ejercer.

¿Militar? ¡es imposible!  
Saldrá el hombre de teniente  
si estudia continuamente  
con ardor inextinguible  
y después de mil apuros  
y de doce años de afán  
ascenderá á capitán  
y tendrá cincuenta duros,  
que con chicos y mujer  
y el arreo militar  
no bastan para almorzar:

¡con que á ver  
si queda para comer!  
¿Farmacéutico? ¿Ingeniero?  
¡pues bonito está el percall  
y sabe Dios que no quiero  
perjudicar á Marcial.

En fin, para concluir,  
no hay carrera que seguir.  
¿Y para seguirla? ¿Dónde  
podrá encontrar el dinero?  
¿De criado de algún conde?  
¿De escribiente de un banquero?  
¡Si todo está ya tomado!  
¡si hay pretendientes á miles!  
¡si conozco un abogado  
factor de ferrocarriles!

¡Con que á ver  
lo que podemos hacer!  
Su resolución admiro,  
pero en trance tan fatal  
mi opinión es... ¡que Marcial  
se debe pegar un tiro.

SINESIO DELGADO.

## UN DEBUT POÉTICO

Pero Juanita, por Dios, vete á la cama, ¡mira que  
son las doce y media!—decía doña Bruna, presen-  
tándose en traje ligerísimo ante su inspirada hija.

—¡Bruna!—gritaba don Dimas desde el lecho—  
déjala trabajar. Ya sabes que no puede reprimir sus  
aficiones. Lo mismo habrán hecho toda su vida  
Carolina Coronado y Jorje Sand.

—Sí, pero se puede poner mala. Cada soneto que  
hace, le cues'a un dolor. No se quiere convencer de  
que á ella le perjudica la fuerza de la imaginación!...  
Cuanto más escribe, más retortijones tiene.

Y doña Bruna cogió á Juanita por un brazo y la  
levantó del sillón en que estaba sentada, empuján-  
dola hacia la alcoba. La poetisa hizo un gesto de  
marcado disgusto y obedeció las órdenes matema-  
les, no sin haber guardado en la cartera los prime-  
ros versos de una dolora que había empezado á  
perpetrar aquella noche.

Juanita poseía, en concepto de sus parientes, una  
imaginación portentosa. Ya desde chiquita había  
causado el asombro de su tío Nicanor, hombre de  
letras, al descubrir en aquel miembro (ó miembro  
como él decía) de su familia, excepcionales aptitudes  
para el género poético.

Juanita odiaba los atributos correspondientes á  
su sexo. Para ella la aguja era un instrumento humi-  
llante; la escoba constituía una especie de baldón  
doméstico y una vez que había sido obligada por su



¿A QUÉ BAILE VAN USTEDES?



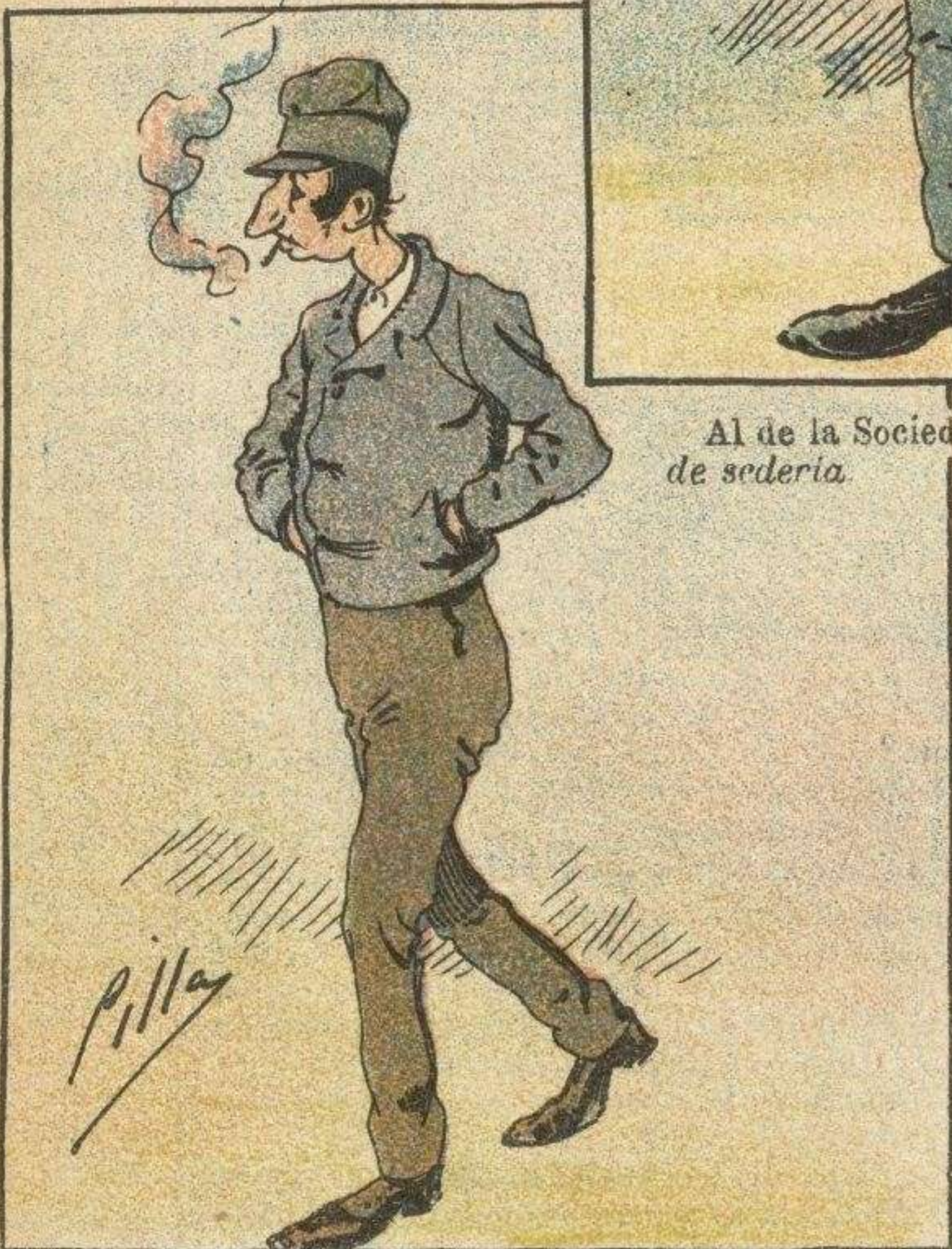
Al de los Excelentísimos señores Duques de...



Al Liceo.



Al de la Sociedad *La flor del ramo* de sedería.



A bailar *ciñido* y con circunstancias



Yo me entiendo y bailo solo.

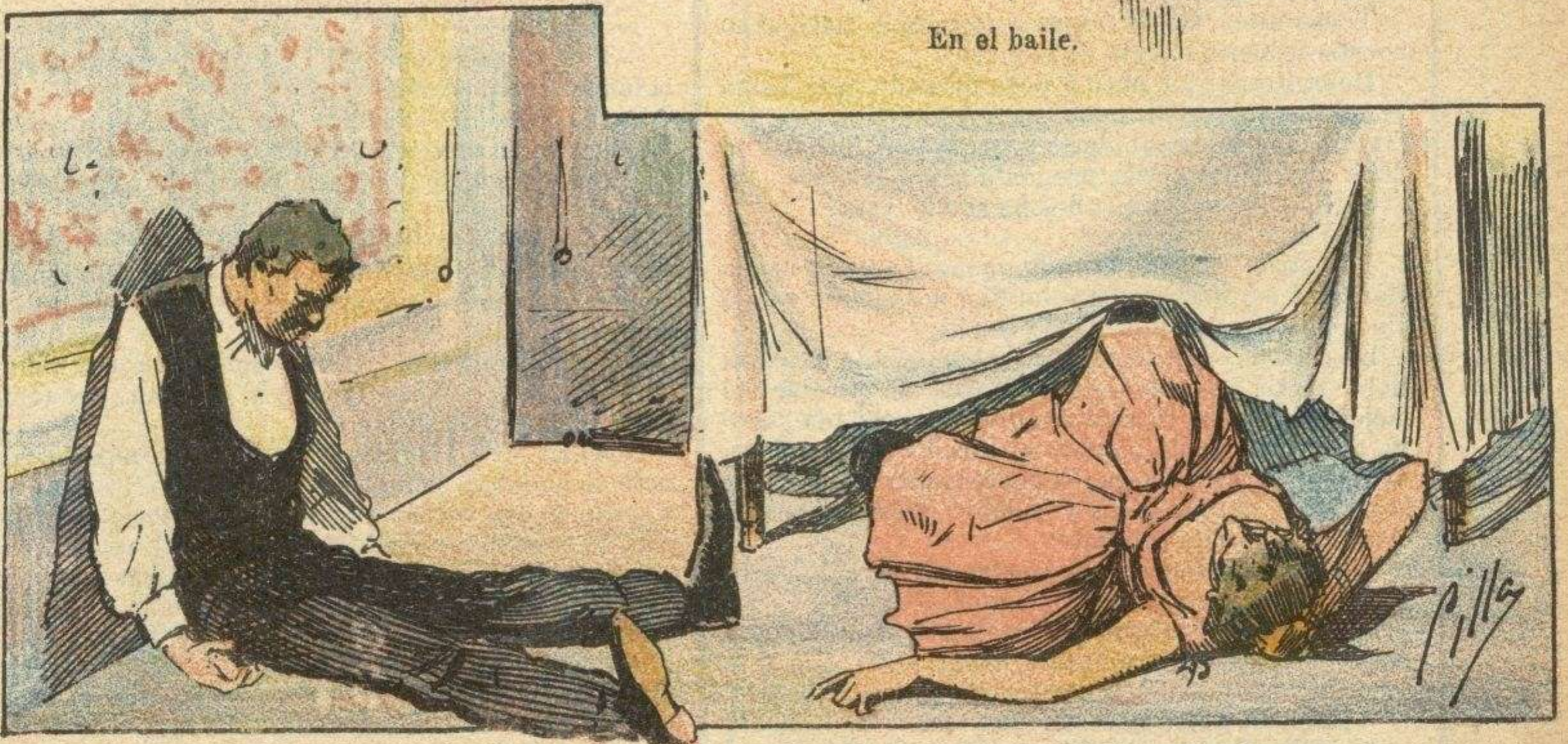




Antes del baile.



En el baile.



Después del baile.



madre à repasar unos calcetines paternos, en poco estuvo que no perdiese la razón.

—¡Mátame!—había dicho á doña Bruna—pero no conseguirás que me entregue á esa tarea denigrante. Prefiero el sacrificio á la extinción de los puntos.

Su tío Nicanor fomentaba las aficiones de la joven canora con frases entusiastas y exclamaciones de admiración mal reprimida.

—Mire usted, tío,—le decía Juanita;—ayer por la noche *me salió* este romance en decasílabo.

—¿A ver?—contestaba el eminente tío devorando con los ojos aquel cúmulo de bellezas retóricas.

—¡Bravo!—decía por último golpeando dulcemente la mejilla de la poetisa.—Se ve que tienes nervio. Aquí, sin embargo, has cometido una falta. Este verso es corto.

—¿Corto?—interrumpió doña Bruna.—¿Corto, y has gastado en dos días muy cerca de tres cuadernillos de papel de barbas?

Doña Bruna no estimaba en todo su legítimo valor las disposiciones naturales de Juanita. En cambio á don Dimas le faltaba el tiempo para ir á contar al café, á la oficina ó á la tertulia, que su hija había hecho un madrigal en menos de un cuarto de hora mientras le extirpaban un callo, ó que estaba *discurriendo* un drama para dárselo á Vico, y que no le cegaba el cariño de padre al asegurar que desde los tiempos de Santa Teresa de Jesús, no había nacido mujer más fácil y espontánea.

—Es necesario que esta chica salga del oscurantismo—decía á cada paso don Nicanor.—¿Por qué no remites tus versos á los periódicos?

—Eso digo yo—replicaba el padre de Juanita, deseando recoger lauros que honraban su apellido.

—Todos los vates se exhiben para ser conocidos y admirados, y tu nombre, hoy por hoy, no ha salido de la calle de la Comadre, 7, tercero.

Juanita guardaba silencio y bajaba los ojos, por un exceso de natural modestia; pero en el fondo del alma, una voz sublime le decía:

—¡Juana! ¡Juana! tú tienes más talento que muchos. Abandona esa existencia rudimentaria y vulgar. Tu papá es muy buena persona, pero bruto. Elévate por tí misma y no cosas, ni friegues, ni hagas las camas...

Todas estas dulces frases y otras más halagaban constantemente el oído de la joven.

Doña Bruna fué poco á poco notando que había llevado en su seno durante nueve meses á un verdadero monstruo de sabiduría y ya no tenía reparo en decir al primero que le preguntaba por la chica:

—¿No sabe usted que nos ha salido vata?

—¿Y qué es eso?

—Poetisa, hombre. El día menos pensado nos la vienen á coronar á casa ó le dan un banquete de á cinco duros como á la Pardo Bazán.

En casa de don Dimas no había criada que quisiera servir, porque como la joven se pasaba las mejores horas de su vida sacando versos de la cabeza, allí no se podía barrer, ni sacudir los muebles, ni fregar la loza, sin que la poetisa, con la pluma en la mano, la mirada hosca y el labio trémulo, apareciese en el pasillo gritando:

—¡Palurda! ¡Incivil! No meta usted ruido. ¿No sabe usted que estoy *componiendo*?

Las criadas concluían por pedir la cuenta y abandonar aquel centro artístico, asegurando que á la señorita le faltaban algunos tornillos en la cabeza.

—Hábleme usted con claridad, señor de Lanceta—decía don Dimas al médico de la casa.—¿Cree usted que mi Juanita llegará á malograrse?

—¿Por qué me lo pregunta usted?

—Como veo que tiene un talento tan grande, estoy siempre temiendo un ataque cerebral.

—Tranquilícese usted—contestaba Lanceta.—El cerebro no corre peligro alguno. Lo más que puede sucederle es que se le pongan malos los pies de tanto escribir.

Don Dimas sin comprender el alcance del chiste recomendó á su hija que se humedeciese las extremidades inferiores con espíritu de vino, á fin de fortalecerlas.

Pero la joven menospreciaba los preceptos higiénicos hasta el punto de excitar la desesperación de doña Bruna, que decía á cada paso á su marido:

—Dimas, la chica se está perjudicando. Hasta he llegado á notar que tiene mal aliento... y es de tanto escribir...

—Déjala,—contestaba él.—Ya veras tú cuando publiquen su retrato en *La Ilustración* ó en cualquier otro periódico, como te gustará decir: «Esta joven chata y aplaudida ha sido criada á mis pechos.»

Juanita, harta de vivir en el rincón oscuro de su domicilio, quiso buscar horizontes más dilatados donde extender los destellos de su gloria, y remitió á un periódico semanal una poesía-festiva fruto de su peregrino ingenio, acompañada de esta carta:

«Señor Director del *Madrid Cómico*. Muy señor mío y distinguido colega: Deseando contribuir al mejor éxito de esa publicación, tengo el gusto de remitirle la poesía adjunta para que vea la luz en el próximo número. Suya afectísima, *Juana Rinconete*.»

—Tío—dijo á don Nicanor.—Me he quitado la máscara.

—¿La máscara?

—Sí. Acabo de remitir al *Madrid Cómico* mi poesía *El lobanillo amoroso*.

—¿Y lo has firmado?

—Con todas mis letras.

Don Nicanor abrazó á su sobrina y aquella noche todos los Rinconetes celebraban entusiasmados el feliz acuerdo de Juanita.

Era una verdadera lástima que una joven de su mérito no fuese conocida más que de nosotros,—decía don Dimas.—Claro está—añadía un primo segundo de la interesada.

—¿Qué día es hoy?—preguntó ésta.

—Jueves.

—Pues llega á tiempo. El sábado por la tarde verá la luz mi composición.

—¿El sábado?—añadió don Dimas.—¡Hombre! ¡Se me ocurre una idea! Vamos a celebrar el suceso con una comida de familia... El sábado os espero á todos.

—Sí—dijo don Nicanor.—Hay que festejar el *debut* poético de este diablo de chica, que lo mismo maneja el género dramático, que el cómico, que el amoroso...

—Todos, menos el casero;—murmuró una tía de la interesada, que era la única persona que tenía sentido común en la familia.

Dos días después los Rinconetes en número de siete se hallaban sentados en la mesa.

—No se oye vocear el periódico,—decía don Dimas de cuando en cuando asomándose al balcón.

—Como mi poesía es bastante larga, habrán tenido que trabajar mucho en la imprenta y por eso saldrá retrasado el periódico,—añadió Juanita.

—Puede,—replicó don Nicanor.

—Estoy deseando ver en letras de molde el nombre de ésta,—dijo el padre de la poetisa.

—¡Qué dirán sus tíos los de Jadraque cuando lo vean!—exclamó doña Bruna.



—¡El *Madrid Cómico* de ahora!—gritó un chico en la calle.

—¡Ahí está!—dijeron todos los Rinconetes asomándose al balcón.

—Dos minutos después, el primo segundo de Juanita, que había bajado á comprar un número, se presentaba en la sala diciendo:

—¡Nada! No viene la poesía.

—¿Que no viene?—gritó la joven arrebatándole el periódico de las manos.

—No habrá llegado á tiempo,—objetó filosóficamente don Nicanor.

—Eso puede saberse leyendo la *Correspondencia particular* que publican siempre al final del número,—dijo el primero.

Don Dimas cogio el periódico, buscó ávidamente el sitio indicado por el joven y lanzó un grito de júbilo.

—Aquí están las iniciales de ésta: *J. R. Madrid*.

—Me darán una explicación, de seguro,—añadió Juanita.

Pero don Dimas había dejado caer de las manos el periódico fatal murmurando:

—¡Pillos!

La tía de Juanita recogió el número del suelo y leyó en voz alta lo siguiente:

«Señorita doña J. R. Madrid. Señorita: Lo mismo sirve usted para escribir versos, que sirvo yo para fabricar quesos de bola. Cosa usted, señorita, cosa usted, sin olvidar que *amoroso* se escribe sin *hache*.»

Juanita se arrojó en brazos de don Nicanor gritando:

—Tiene razón papá. Son unos pillos.

A lo cual contestó el tío ilustrado.

—Pero ¿quién les ha dicho á esos ignorantones que *amoroso* se escribe sin *hache*?

LUIS TABOADA.

## GALERÍA DE COMPRADORES

### I

#### LA SEÑORA DE REGATÓN

—Buenos días.

—Servidor.

Soy con usted al momento.

—¿Ha visto usted qué calor?

—¡Muchol!... Tome usted asiento.

—Mil gracias; me sentaré, que vengo muy fatigada.

—Vamos; ¿qué desea usted?

—Poca cosa, casi nada.

Que hace poco se ha sentado sobre mi abanico un chico, y mire usted en qué estado me ha dejado el abanico.

¿No podrá arreglarse?

—¡Quiá!

Eso se arregla de un modo Comprádonos otro.

—¡Ya!

—¡Si se lo han deshecho todo!

¡Pues si aquí no hay ni botón, ni varillas, ni país!...

Verá usted qué colección ha venido de París.

Al fin nos arreglaremos.

—Que yo soy muy regatona.

—Mire usted que aquí tenemos lo mejor de Barcelona.

—¡Qué malo es usted!

—Abanicos

de algodón, raso, moiré...

¡Y aún los tenemos más ricos!

¡De cuarenta duros!

—¡Qué!

¿De cuarenta duros?

—¡Sí!

¡Son de un gusto delicado!

—Pues ya sabe usted que á mí me lo ha de dar arreglado.

—¿Cuál? ¿Ese roto?

—¡Hombre, no!

El que le tome. ¡Qué guasa!

Y no olvide usted que yo compro siempre en esta casa.

—Señora, no lo he olvidado.

Elija usted el que quiera.

—Este de moiré pintado

¿qué cuesta?

—¡Una friolera!

Cinco duros.

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!

¿Cinco duros... solamente?

¡Jesús!

—Mire usted que está pintado divinamente.

—¿Con qué cinco duros?

—¡Claro!

—¡Ya será algo menos!

—¡No!

—Pues, hijo, lo encuentro caro.

—Es precio fijo.

—Pues yo

lo más que le ofrezco á usted es un duro.

—¡Qué locura!

—Y eso porque es de moiré y me gusta la pintura.

—Lo siento, pero no puedo...

—Doy un duro, lo repito...

¿No cede usted?

—No, no cedo.

—Me estiraré otro poquito.

Doy veintin reales

—¡Por Dios!

—¿No conviene?

—¡No!

—Pues, hijo,

me estiraré... Veintidos!

—¡Señora, si es precio fijo!

Son cinco duros.

—¡Qué espanto!

Pues vuelvo á estirarme, á ver...

—No, no se estire usted tanto que se puede usted romper.

—¡Qué malo es usted, y qué pillo!

—Yo de complacerla trato.

Este de algodón sencillo

se lo daré más barato.

Estos son los más usuales.

—Francamente, no me peta

¿Y que cuesta?

—Veinte reales.

—¿Quiere usted una peseta?

—¡No!

—¿Cuatro y medio?

—(¡Qué asedio!)

—¿Cinco reales?

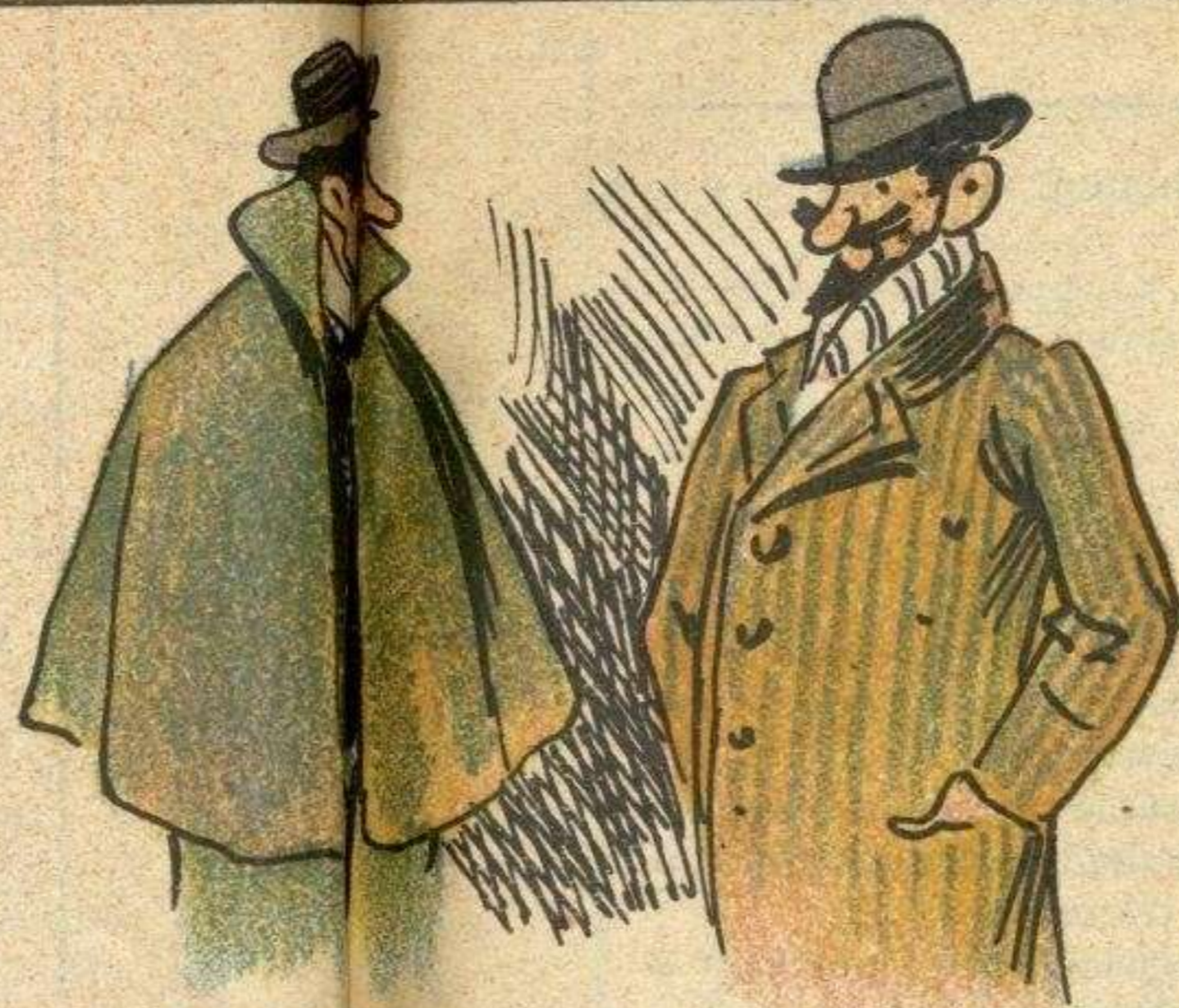
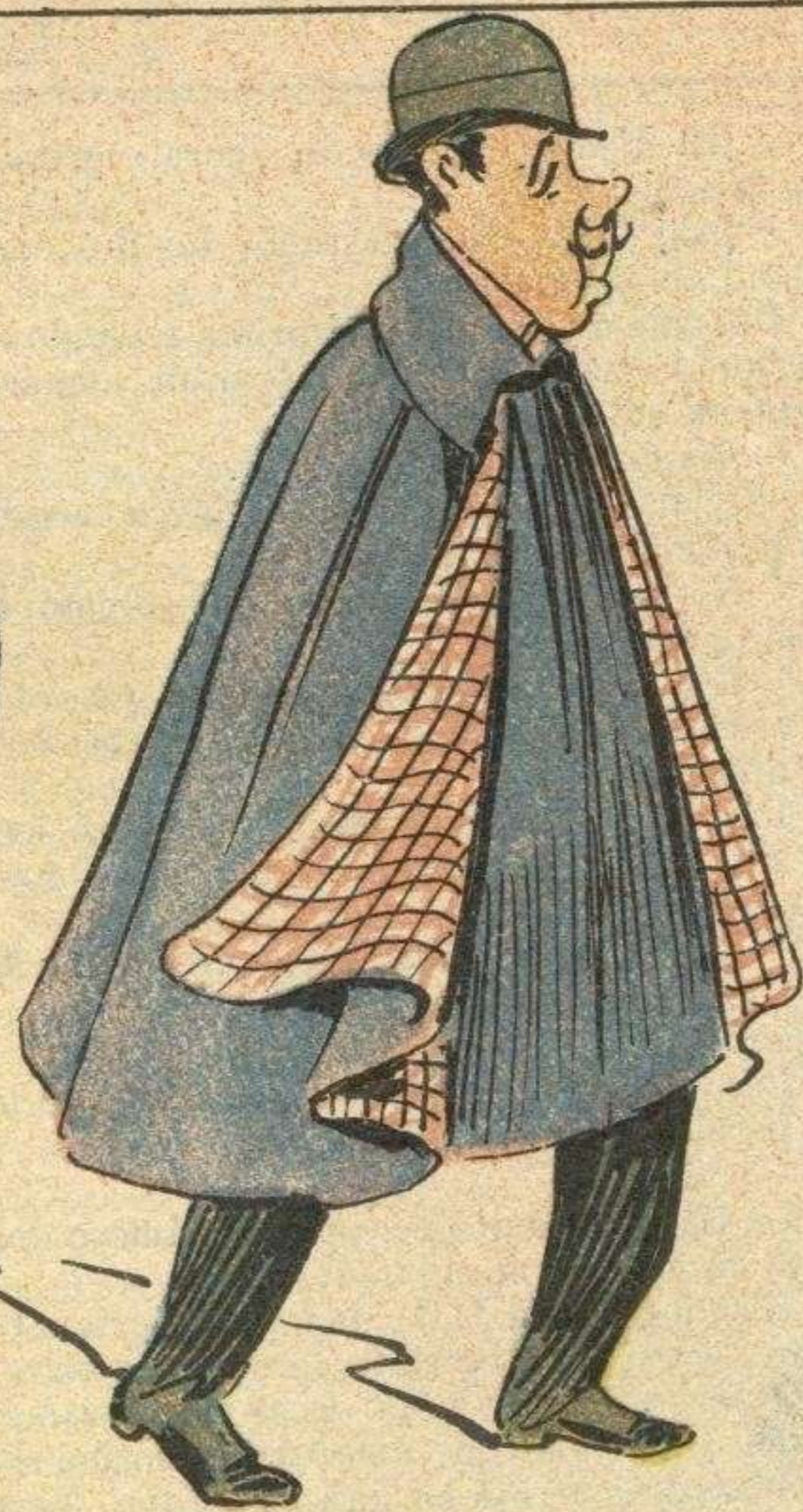
—(¡Me encocora!)

—¿Quiere usted los cinco y medio?

—¡Son veinte reales!



A LO QUE HEMOS O AL BAILE



A pasar al personal, cenar y despues veremos.

En busca de habaneras con circunstancias.



A lucir un mantón a do.

A armar bronca

A dormir.



Para que se vea hasta que punto llegan las sinvergüenzas.

Por ver si casamos á una de las tres, cuando menos.

A torquetas para el periódico. A llamar la atención de las personas de buen gusto.



—Pues, hijo,  
no nos vamos á arreglar.  
Con eso del precio fijo  
no hay manera de comprar.  
(¡Qué suplicio tan cruel!)  
(¡Tanto regatear molesta!)  
¿Le gusta ese de papel?  
—¡Es muy bonito! ¿Qué cuesta?  
—Este por nada le sale.  
Se lo doy gratis.

—¡Qué malo!  
¡Ya será algo menos!

—¡Dale!  
¡Señora, si es un regalo!  
—¡Ah! ¡Ya! ¡No había entendido!  
Mil gracias por la atención.  
¡Abur!

—(¡Lo que me ha aburrido!)  
Memorias á su marido  
el señor de Regatón.

VITAL AZA

## UN HOMBRE PREDESTINADO

Se llamaba Carreras y había nacido para darlas. Era oriundo de un pueblecito de Castilla y nació de siete meses. Salió al mundo de prisa, le bautizaron en un periquete, le amamantó una cabra y á los ocho meses caminaba solo.

Después creció y jugó al marro y al escondite; en fin, á todos los juegos que requerían agilidad.

En la escuela paró poco, porque aquella sujeción le fastidiaba. Generalmente hacía novillos y se iba á correr como un potro en libertad por los campos.

Así fué creciendo hasta que le nombraron peatón, y llevaba la correspondencia á más de veinte pueblos con más prontitud que un caballo á galope.

Esto le entretenía bastante, pero su espíritu inquieto le llamaba á otra parte. Tanto había oído hablar de Madrid, que resolvió visitarlo.

Un día dejó la correspondencia plantada en medio del camino real y tomó la dirección de la córte.

No quiso ir en tren, porque al paso que éstos van en España, casi se llega primero á pié.

Carreras entró en Madrid por la de San Gerónimo y se alojó en la posada del Relámpago.

Al día siguiente ya había corrido la capital en todas direcciones y se la sabía al dedillo.

Después buscó colocación y para esto acudió á *El Diario de Avisos*.

La colocación que deseaba Carreras era una que le hiciese andar mucho.

Y la encontró. Un corredor necesitaba un muchacho para recados.

¡Un corredor! La emoción de Carreras cuando fué admitido de dependiente no tenía límites.

—Yo estoy destinado á ser corredor—se dijo.—  
¡Qué destinado! Yo ya he nacido corredor por piernas y por temperamento.

Y se aplicó á servir á su amo, que se llamaba el señor de Lince y era un corredor de lance, es decir, intruso.

Carreras llevaba los recados con una prontitud asombrosa. «Es mi teléfono» decía amenudo el señor de Lince.

Agradecido éste á lo que hacía Carreras le enseñó el Manual del Banquero que aprendió á galope porque todo lo hacía así.

Un día el señor de Lince murió, efecto de un berinche que tomó discutiendo con un corredor real.

Toda la clientela pasó á manos de Carreras y la quintuplicó.

¡Pero como abusaba de su apellido! Iba de un punto á otro llevando ventaja á los coches y á los tranvías.

Ahora se le veía frente al Real y á lo cinco minutos en la Puerta de Alcalá.

Sus piernas llegaron á parecer el movimiento continuo.

Ni sentado podía estarse quieto. Durmiendo agitaba las piernas en todas direcciones, lo que le hacía estar constantemente constipado.

Lo que más aburría á Carreras eran los días de fiesta. Entonces salía de Madrid, andaba quince ó veinte leguas y se volvía tan tranquilo.

Cuando vió al andarín Bargossi estuvo por salir á la pista á luchar con él. La clientela le contuvo.

Carreras no se casó nunca por no tener que sacar á paseo la mujer, pues según él decía ninguna sabe caminar.

La muerte de nuestro héroe no podía menos de corresponder á su vida y á su apellido.

Murió de la rotura de un aneurisma en las carreras de caballos.

DANIEL ORTIZ

## LOS CONCIERTOS

I

—Marquesa, ¿ha oído usted la sinfonía en *sol*?

—No, conde, la he oído en la sombra.

—Usted siempre oportuna y ocurrente.

—A propósito, me ocurre una cosa.

—¿Qué es ello?

—¿Quién es aquella joven vestida de verde?

—¿Aquella? ¡Ah! sí, aquella es la primogénita de un tendero de comestibles de la calle de.... No sería usted; su papá es inmensamente rico é inmensamente zafio.

—¿Es aquel buen hombre de los guantes naturales?

—El mismo.

—¿Y aquella señora enlutada que está en primera fila?

—¿Aquella? ¡Ah! sí; aquella es la viuda de un coronel, que está en visperas de casarse con otro, por no perder los privilegios de la ordenanza.

—¡Esto es magnífico!

—¿Qué?

—El andante número 4.057.

—¡Divino, delicioso!

II

—¿Ha visto usted al ministro?

—Sí señor.

—¿Y qué dice?

—Que sigue en la misma idea que el primer día de su ministerio; es decir, que está en colocar á usted.

—¿Que está en colocarme? pues yo continúo sin colocación.

—Él ha sido consecuente con sus ideas.

—¡Dios de Israel!

—¿Qué le pasa á usted?

—Que si tiene tanto apego á las ideas, no querrá desechar la de colocarme y moriré en el apogeo de la cesantía.

—¡Ave María!

—¿Se asombra usted?



- No, es la de Gounod....  
—¡Soberbia!  
—¡Magnífica!

## III

- ¿Lleva usted cinco duros sueltos?  
—Hombre, si los llevara sueltos ya los habría perdido.  
—Quiero decir, que si puede usted prestarme cinco duros.  
—Sí, señor.  
—¡Ah! gracias, amigo mío, gracias.  
—No las merece: usted me ha dicho que si puedo, y poder no es querer.

## IV

- ¿Qué pieza es esta?  
—Una noche de otoño con estrellas.  
—¡Ay!  
—¿Qué es eso?  
—Que me ha pisado ese hombre y me ha hecho ver todo el decorado de la sinfonía.

## V

- ¿Cómo ha estado el Bolsín?  
—Muy animado.  
—Buen chasco se llevan los noticieros de mala fé!  
—Hay tendencia de alza.  
Una voz.—¡Silencio! ¡A la calle!  
—¡Qué imbécil!  
—¡Lo que sabrá de música ese majadero!

## VI

- Este *allegro vivace* con tres bemoles, es sublime, ¿verdad, papá-suegro?  
—Sublime.  
—¡Cómo está la cuerda! ¡Qué violine!  
—Sí, sí, magnífico. Hombre, lo que no he oído han sido los bemoles.  
—¡Papá!....  
—Dice muy bien su papá de usted, Elvira; los bemoles tocan dentro.  
—¡Ah!  
—Estas chiquillas quieren saberlo todo.

## VII

- ¿De dónde es esto?  
—¿Qué?  
—Yo he oído esto.  
—¿Y qué?  
—No te puedo sufrir.  
—¿Por qué?  
—Cásese usted para esto.  
—¿Para qué?  
—Para tener un marido que no le sirva á una para nada.  
Un señor bizco (sentandose sobre el sombrero del marido): Dispéñseme usted.  
—No hay de qué.  
(Aparte á su esposa).—¡Cómo me carga este hombre, por que me parece que no te mira con buenos ojos!

## VIII

- ¿No ha venío ese arrastrao de ziñorito?  
—Ni viene ya esta noche.  
—Puz mira que hacer de venir á doz zeñoraz zolas.  
—¿Qué vale, muje si muz gorveremoz con compañía?  
—Y por fin, zi tocan arguna coza alegre, pero toa ez música de entierro.  
—Zé pué pedir, como hacemoz en er Café Habanero.

- Yama á un dependiente.  
—Oigazte, digazté ar maestro que á ver zi toca argo de jaleo.  
—O unas habaneras.  
—Señoras.....  
—Que zemos parroquianas y que ezamos ya pa morirnoz é pena con esas tocatáz.  
—Mira, chica, quien entra ahora.  
—¡Er Curro! No, zi aquí viene mu buena gente ezo zi.

## IX

- ¿Conoces á aquellas dos muchachas?  
El *interpelado*, que es un poco sordo;  
—Sí, las alegres comadres de Windsor.  
(Después de un momento y cuando la orquesta está tocando otra pieza.)  
—¡Freit'chout!  
El sordo.—Dios te ayude.

## X

- Haber pagado una peseta cada prezona para venir á oír esta serenata....  
—¡Cuánto más valía, como yo te ije, que moz hubiéramos entrado en *La granvia*!  
(Se oyen varios silbidos.)  
Un guardia de orden público.—¡A la calle!  
Uno de los silbantes.—Es que nosotros aun que silbemos no tiene nada de particular, porque somos cinco y hemos pagao á peseta por barba.  
Un espectador.—O por bárbaro.  
Otro de los consabidos.—No se piense usted que estamos aquí de bóbilis.  
El guardia.—¡A la calle!  
Varias voces.—¡A la casa de fieras!  
Los expulsados salen del Jardin.  
Un chiquillo.—Señoritos, ¿me dan ustedes las contraseñas?  
—¡Otra te pego! pues no faltaba más que esto.  
¿Ves Manolo? ahora nos piden otros billetes para salir.

## DESPUES DEL CONCIERTO.

- ¿Qué tal ha estado aquello?  
—¡Magnífico!  
—Sublime.  
—Buenas piezas y mejores profesores.  
—Música ratonera.  
—Aqueyo es para dormirse una.  
—U doz.  
—¡Concurrencia escogida!  
—¡Cuánto señorío!  
—Toos señoritas y señoritos.  
—No se oyen bien los instrumentos, tiene muy malas condiciones artísticas aquel jardin.  
El bizco.—(Esta gente no ve nada derecho.)  
El papá de Elvira.—Tengo ya ganas de oír los bemoles.  
Et sic de ceteris.

E.

## MICROCOSMO

Está visto; lo infinitamente pequeño va conquistando, á marchas forzadas, el dominio del mundo. Sólo aumentan de volúmen las deudas que cada hijo de vecino y vecina (porque los hijos de vecino solo, se han declarado imposibles) contrae en la oscuridad apacible de su hogar.

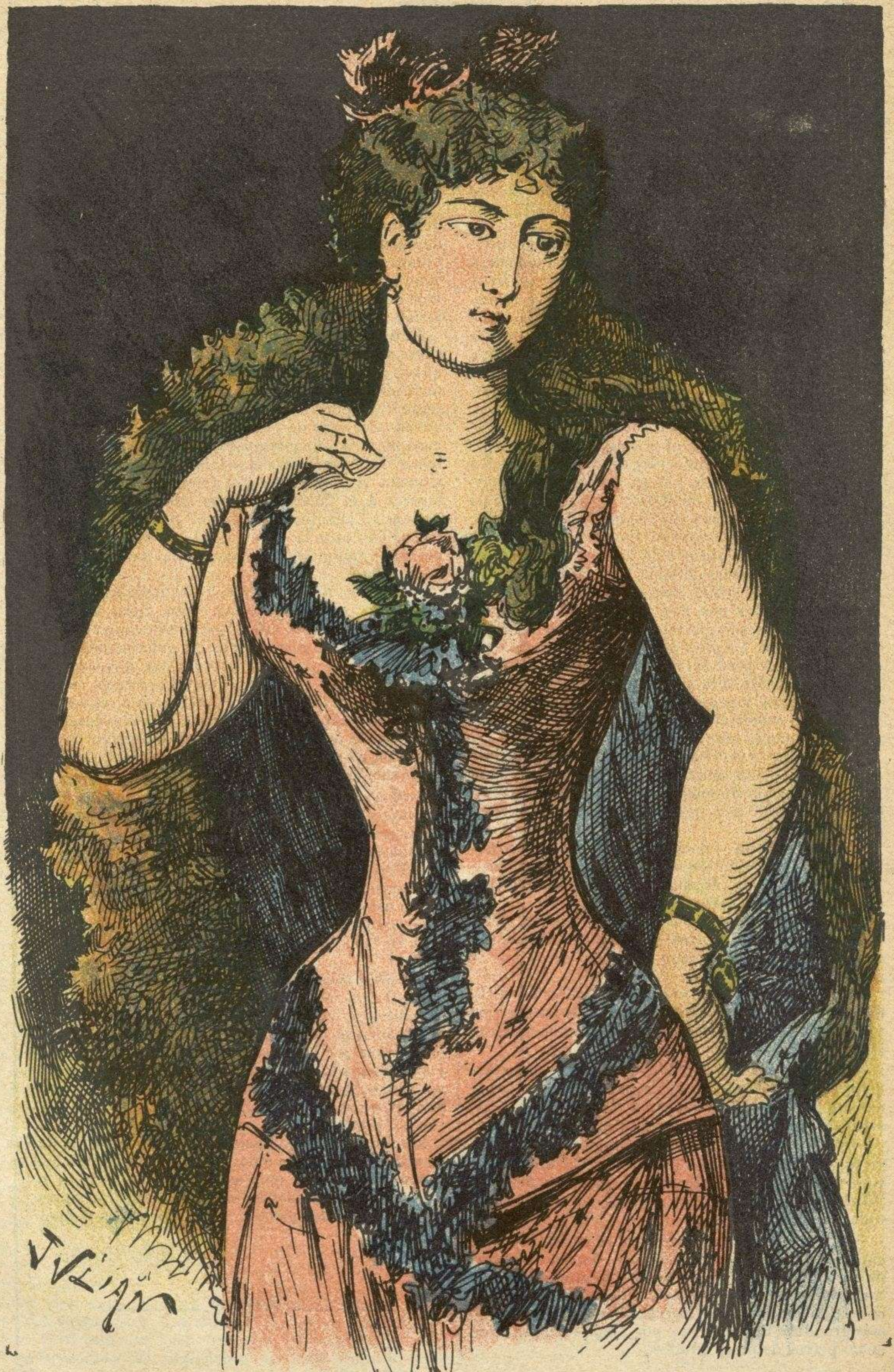
El agua que nos bebemos, el aire que respiramos,





—Municipal, ¿hará el obsequio de decirme dónde se  
halla la Universidad?  
—Toma, eso cualquier borrico lo sabe.  
—Pues por eso mismo se lo preguntaba.





¡Yo, querido lector, me casaría  
si llegara á encontrar para consorte  
una señora como pinto el caso,  
con un millón de dote!



el pan que nos comemos, el dinero que una vez que otra solemos tener están llenos de seres, invisibles para ojos simples, pero perfectamente perceptibles para cualquier sabio con gafas de aumento.

Da verdaderamente lástima tragarse una bocanada de aire ó un vaso de agua. ¡Quién sabe los millones de apreciados y honrados parásitos que echamos á perder! Antes los parásitos vivían en las oficinas públicas y en algún que otro catre de pintado pino; pero ahora todo el orbe es parásito.

Tenemos ya el parásito de la tisis, el del garrotillo, el del tífus, el de la sarna, el de la triquinosis, y por último, el del cólera; dejándome en el tintero un centenar de ellos conocidos y sospechados únicamente, y en expectativa de identificación.

Mucho hay que agradecerle á la ciencia que ha descubierto la existencia de *microbios* y *bacillos*, dando explicación plausible á epidemias mortíferas, hoy agradables visitas de animales modestos que viajan de incógnito; pero el vulgo se había anticipado á los sabios como sucede casi siempre. Basta recordar lo que decía y dice el vulgo, de los que no están sanos de entendimiento; ese tiene bichos. La necedad es un microbio, y lo ha descubierto el vulgo, inventor del modo de andar, de la necesidad de comer, y de otras cosas ingeniosas.

De que se haya averiguado que el cólera es un bicho, me felicito en nombre de los cerdos nacionales y extranjeros, desacreditados por la triquina. El huesped asiático, como llamamos poéticamente al cólera, no es más que una triquina que reside en lugar más desaseado que la procedente de marranos de ambos sexos. La clase se dignifica, el tocino recobra su honra perdida, el jamón deja de ser peligroso. Ahora sólo falta que baje de precio.

Generalizada y admitida la tésis, solo falta averiguar donde reside el microbio particular de cada dolencia ó estado patológico.

El calambre y la disentería, síntomas son de que tenemos en los intestinos, (salva sea la parte) una apreciable *troupe* de microbios. ¿Dónde vivirá el microbio del amor? Esta bestia, ¿de qué microbio será aviso?

—¡Ay! ¡Casimira!—decía noches pasadas un gomoso á su prometida esposa—debes tener el microbio de la armonía, según el sentimiento con que cantas el ramo de habaneras.

—Ese microbio no puede ser más que un grillo ultramarino: lo descubriré,—añadió un médico que anda buscando excusas para todos sus casos fulminantes.

Noches pasadas, observaron los contertulios de doña Eduvigis, que Arturito, tenor para casa de los padres aunque de buena familia, daba unos suspiros ahogados que partían los corazones.

—¿Qué le sucede á usted, Arturito? ¿Se le ha indigestado á usted alguna romanza? ¿Le han citado á usted á juicio? ¿Ha tenido usted palabras con el casero?—le preguntó llena de interés doña Eduvigis.

—Nada de eso,—contestó la víctima;—lo que tengo es, que dentro de tres ó cuatro meses tendré que venir á esta respetable tertulia en calzones blancos. ¡El microbio de la ropa, la polilla, se me ha comido todo mi equipaje!

—Afortunadamente vivimos en un mundo bajo de cuerpo,—decía un sabio indígena, departiendo con un cómplice, mientras D.<sup>a</sup> Eduvigis prometía á Arturito hacerle un traje completo de la funda del piano.—¿Qué sería de nosotros, si los microbios fuesen más grandes? En Saturno, por ejemplo, deben ser como perros de presa adultos.

—Pues yo no puedo conformarme con eso de que estemos rellenos de animales,—objetó una jamona que lleva muy bien sus cuarenta otoños y sus cuatrocientas libras de carne sensible —¿Y en el corazón qué tiene una? ¿También animales? Pase que los tenga una en otras regiones, ¿pero en el corazón, en un sitio tan delicado, que siempre lo tiene una palpitante?...

El microbio que más me preocupa, es el microbio del dinero, recientemente descubierto por otro sabio desocupado, de esos que andan siempre á caza de su blimes nimiedades.

Se trata de un parásito que se adhiere á la superficie de las monedas al cabo de ciertos años de circulación, y que puede producir enfermedades.

El descubrimiento es curioso, pero inmortal. Curioso, y hasta útil, bajo el punto de vista de la arqueología. ¿Qué anticuario no se sentirá lleno de dicha al padecer una tisis del tiempo de Felipe IV transmitida por estas interesantes pesetas que nos quedan del siglo de oro de la literatura? ¿Qué honor para un sarnoso contemporáneo, más grande que el honor de sufrir la misma dolencia á beneficio de una moneda con que el regio galanteador pagase sus favores á la *Calderona*, ó sus Autos á Lope, ó sus dramas á Calderón de la Barca? ¿Quién no se siente conmovido ante la idea de padecer un tífus retrospectivo, comunicado por una onza pelucona (cuya efigie beso)?

Inmoral he dicho que resulta el descubrimiento, y se prueba. ¿Quién guardará cinco duros, ó uno, ó medio, ó dos reales, desde que se sabe que el *vil metal* conserva los gérmenes de las enfermedades contagiosas, y que podemos heredar con una suma en efectivo, desde el muermo hasta la viruela negra? Además de excitar la prodigalidad propia, se expone uno á fomentar la avaricia ajena, en estos casos:

Un punto disgraciado, después de perder 70.000 reales en monedas de cinco duros, mirando al *banquero* con los ojos que se mira á los perros:

—¡Buen cólera te llevas!.. Todas son del año 55.

Uno de nuestros primeros tacaños, contestando á un amigo que le ha pedido 200 reales, con escasas probabilidades de reintegro:

—Porque le quiero á usted mucho no se los doy. No tengo más que duros enteros, y son del año 4. Ya ve usted; pueden tener residuos de la fiebre amarilla, porque precisamente en aquella epidemia murió toda mi familia, menos yo, que no había nacido todavía.

En este caso no hay más que una receta. Pedir 11 duros; 10 en calidad de préstamo, y uno para desinfectantes.

También se usa con éxito para vencer las complicaciones que han traído á la vida moral, material y económica los seres infinitamente pequeños que nos rodean y viven en nosotros, empezar las cartas petitorias con esta advertencia:

«Estoy vacunado á todo evento.»

Porque es preciso anular el microcosmo de tal manera que hasta los niños nazcan el mismo día que hayan de entrar en quintas, y pueda un hombre de tamaño natural ir por esas calles, sin tener que aplastar á su paso á los muchos microbios que en el mundo son.

JUAN J. BELOSILLAS.





## DESDE MADRID

## Estrenos

ESPAÑOL.—*La corriente*, juguete cómico en tres actos y en verso, original de D. Jacobo Sales. Tiene algunos de sus tipos bien dibujados—el provinciano, por ejemplo—pero se desarrolla con cierta languidez y no logra interesar al público. El autor quiso agradar y estuvo comedido lo cual le valió salir á escena al final del juguete. La ejecución buena.

COMEDIA.—*El obstáculo*, de M. Alphonse Daudet, traducida al castellano por Emilio Mario (hijo).

Voy á dar una ligera idea de la última producción teatral del insigne novelista francés.

Fernando ama á Magdalena y es correspondido. La boda debe celebrarse en breve y ya está amueblada la casa en que han de habitar los futuros cónyuges. Solo falta la ceremonia nupcial, cuando el tutor de Magdalena, magistrado de la Audiencia de Montpellier, niega su consentimiento fundándose en que el padre del novio había muerto loco, y que por razón de herencia, el hijo se hallaba fatalmente destinado á ser víctima de igual padecimiento.

El matrimonio queda roto y Fernando, al conocer su desdicha, trata de celebrar una entrevista con su prometida que se ha refugiado en un convento temporalmente. Logrado su intento, el novio quiere saber la causa que obligó á Magdalena á tomar aquella resolución, pero la reclusa la oculta hasta el momento en que Fernando descubre, por una imprudencia del magistrado, que no son los móviles del cariño á la familia, sino los del interés, los que hacen, al tutor de Magdalena, poner el obstáculo al enlace de los dos jóvenes.—Obstáculo enteramente falso, pues aun cuando la locura puede ser hereditaria, no cabe tal suerte á Fernando, por haber nacido diez ó doce años antes de presentarse en el padre la terrible enfermedad.

Llegada Magdalena á su mayor edad y enterada por su novio de las pérfidas intenciones del magistrado—que busca el dote y no la felicidad de la joven—echa aquellas por el suelo y se realiza la boda.

El público acogió *El obstáculo* con benevolencia.

La traducción está hecha con algun descuido y abunda en galicismos.

El señor Thuiller, desempeñó muy bien su papel de *Fernando*. La señorita Guerrero, muy bien vestida, pero sin hacer nada de particular. Mario, acertado en su papel de *Dubois* y Cepillo, en el suyo hecho un *Magistrado* de la Edad Media. El resto de la compañía mediano.

LARA.—*Viaje de recreo*, juguete cómico en un acto. Carece de interés y de gracia, siendo desechado por el público, desde las primeras escenas.

APOLO.—*Los aparecidos*, juguete cómico-lirico en un acto; letra de Arniches y Lucio, música del maestro Caballero

Tienen *Los aparecidos*, un gran parecido á *La leyenda del monje*, *El mismo demonio* y *Los secuestradores*, pero está muy bien barajado el asunto y fué muy aplaudido. El argumento de esta pieza

consiste en un cómico de la legua que, habiendo sido arrojado con su compañía del puebo inmediato al en que se desarrolla la obra, cuando representaban el *Tenorio*, se mete en un corral saltando las tapias, vestido con el traje de *D. Gonzalo*; los vecinos (1) le toman por un alma en pena, y esto da lugar á unas situaciones muy cómicas. Al final se descubre el pastel y el cómico queda en su lugar de *tal* y la aldea vuelve á recobrar su tranquilidad.

La música muy alegre. La interpretación pasadera.

Autores y actores fueron llamados al final repetidas veces.

En el próximo número, daré cuenta á mis lectores del estreno de *La herencia*, drama en tres actos y en verso, original de D. Luis Calvo y Revilla.

TARTARIN.

## MISCELANEA

Preguntaron á una dama de esas que ocultan los años:  
—Diga usted, Doña María ¿es menor que V. su hermano?  
Y ella contestó al momento:  
—Le llevo un mes muy escaso.

## Me alegre

Eras bella cual la flor que á sus colores reúne y á su talle encantador ese encantador perfume delicioso, embriagador. Yo te amé con frenesí, con ceguedad, con locura, sin lograr ¡pobre de mí! á pesar de mi amargura el tan anhelado sí.

Pero me ha vengado el cielo por más que hacerlo no suela, por que á tí, linda Consuelo, te ha dejado la viruela ¡más negrita que el Frascuelo!

JOSÉ DOZ DE LA ROSA.

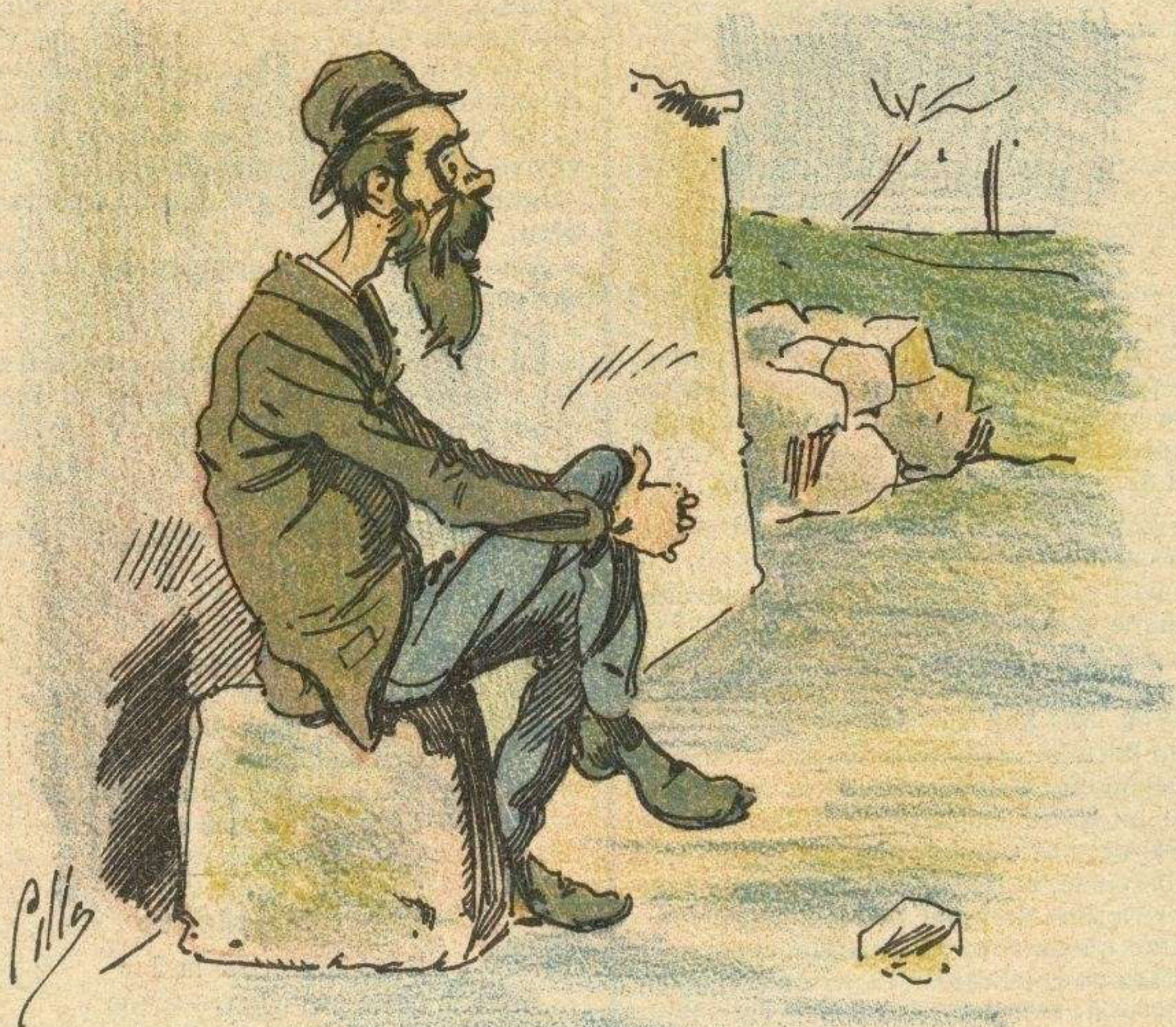
Juan Cuinto una vez en Pinto contó de cuentos un ciento, y un chusco dijo al momento:  
—¡Cuanto cuento cuenta Cuinto!



Con motivo de hallarse algo enfermo nuestro director no se ha podido revisar y contestar la correspondencia particular de esta semana. Queda aplazada para el número próximo.



PROBLEMAS DIFICULTOSOS



Dado que no tengo un amigo, que no tengo un cuarto y que todavía tengo vergüenza, averiguar dónde voy á comer hoy.

ANUNCIOS

**BIBLIOTECA PARA TODOS**

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.—Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

**BIBLIOTECA DE BOLSILLO**

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con bonitos grabados.— Precio de cada tomo 15 céntimos en toda España.

**LA SAETA**

PERIÓDICO SEMANAL  
FESTIVO, LITERARIO É ILUSTRADO

—PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN—

*España:* Semestre, 5 ptas.— Año, 8 ptas.  
*Extranjero y Ultramar:* Año, 15 ptas.

No se admiten suscripciones por menos de medio año en España, ni por menos de uno en el extranjero. Pago adelantado en letras de fácil cobro ó sellos de franqueo.— Las suscripciones empezarán el 1.º de cada mes.

**CUIDADITO CON ESTO**

Elegantes tomitos con grabados y cubierta al cromo, que contienen poesías, novelas y cuentos de varios autores. Se compone la colección de 10 tomos al precio de 15 cénts. en toda España.

**TRES MILLONES DE CHISTES**

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo. Van publicados 46 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación

Para los pedidos y correspondencia dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco n.º 5—BARCELONA

CORRESPONSAL EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez—Ancha S.º Bernardo, 27, bajo